

Fray Martín de Arbide, donostiarra

Protomártir de Arizona, U.S.A.

Por Fray IGNACIO OMAECHEVERRIA, O.F.M

Creo que fue en 1943 ó 1944 cuando Gil Baré, publicó en «El Diario Vasco», de San Sebastián, un artículo encabezado por el siguiente epígrafe: *Mártir donostiarra poco conocido*. Se refería a Fray Martín de Arbide y venía a decir: «Si no fuera por don Fernando del Valle Lersundi, tan perito en materias históricas del país, este Misionero a quien vamos a aludir, sería completamente desconocido entre nosotros... La noticia de su muerte llegó a España, ocupándose del hecho la Seráfica Orden en un capítulo general celebrado en Toledo en 1633... No ha habido después ninguna noticia de nuestro abnegado Franciscano. Parece ser, como más probable, que algún cronista encargado de confeccionar la lista de los Padres de la Orden martirizados o muertos con señales de santidad hubiera omitido por error el nombre de Fray Martín de Arbide.

No atribuyamos el caso a mera distracción de cronista. Ninguno de los setenta y cuatro Mártires franciscanos sacrificados por los infieles en los territorios que ahora pertenecen a los Estados Unidos ha logrado todavía el honor de los altares. Por otra parte, si bien es verdad que el *Martyrologium Franciscanum* confeccionado por el Padre Fray Arturo de Münster omite el nombre de Arbide, aparece citado en cambio en la *Relación* del Padre Fray Francisco de Ocaña, en los *Annales Minorum* del P. Fr. Lucas Waddingo, en el *Menologio Franciscano* del P. Fr. Agustín de Vetancurt, en *An American Martyrology* del R. P. G. Holweck, en *Heroes of the Cross* del P. Fr. A. Habig y hasta en la lista presentada en Roma por los Obispos norteamericanos para la beatificación colectiva de los Misioneros martirizados en su territorio. Entre nosotros, fue don Fernando del Valle Lersundi quien le dedicó una nota hace algunos años, en 1934, en la «Revista Internacional de Estudios Vascos», a la que aludía Gil Baré en su artículo. Y bastante antes de él, hacia 1669, el Padre Fray Bernardino de Iñurriagarro escribió una

historia de Guipúzcoa, cuyo capítulo 16 del tratado apologético 9 está totalmente consagrado a la biografía del «venerable Fray Martín de Arbide» (1).

Mas, como no sabemos el paradero de la obra del Padre Iñurrigarro, tenemos que reunir los datos referentes a nuestro Mártir, de otras fuentes no menos fidedignas, ya que los Padres Capitulares de Tole-

(1) Aunque el *Martirologio Franciscano* del Padre Fray Arturo de Münster omite el nombre del Padre Arbide, consta éste, el 27 de febrero, en la nueva edición preparada por los Padres Fray Francisco de Palazzolo y Fray Ignacio Beschin. Omitimos las referencias de los autores citados en el texto, contentándonos con utilizar la *Relación* del Padre Ocaña, el *Menologio Franciscano* del Padre Vetancurt y algunas notas del Padre Habig. La *Relación* del Padre Fray Francisco de Ocaña, escrita en 1635, tres años después del martirio, puede verse en “Archivo Ibero Americano” (AIA), XIV, 238. Anterior a la citada *Relación* es la breve nota del Capitulo General de 1633 que citamos luego. El Padre Fray Agustín de Vetancurt escribió su *Menologio Franciscano* hacia fines del siglo XVIII. Utilizamos la edición de México 1871, que consagra al Padre Arbide las páginas 75-77. Hay datos muy apreciables, totalmente independientes de la *Relación* del Padre Ocaña. Del Padre Marion A. Habig, *Heroes of the Cross*, citamos la 3.^a edición. Paterson, N. J., 1947, que habla del Padre Arbide en las páginas 31-32 y 185.

De la historia de Guipúzcoa del Padre Fray Bernardino Iñurrigarro, sólo se conserva el índice, que resulta sumamente interesante. En el tratado apologético 9 hay varios capítulos dedicados a diferentes Santos y Siervos de Dios naturales de la Provincia, comenzando por San Ignacio de Loyola y San Martín de la Ascensión y siguiendo por Fray Domingo de Erquicia, Venerable José de Anchieta, Fray Martín de Arbide, Venerable María Martina Virgen, Venerable Cristóbal de Rojas y Sandoval, Fray Martín de Jesús I:asa. Fray Tomás de Zumárraga, Esteban Zuraire y Francisco de Arana. Como se ve, junto a guipuzcoanos auténticos, aparecen algunos que sólo se incluyen aquí por su ascendencia guipuzcoana, como José de Anchieta, nacido en Canarias, o Tomás de Zumárraga, nacido en Vitoria, y aún algún navarro como Esteban Zuraire, que no es de Placencia de las Armas, aunque así lo afirme, por ejemplo, Lope de Isasti. Escrita la obra hacia 1669, no llevan el título de Beatos ni Fray Tomás de Zumárraga ni menos Esteban de Zuraire, que fueron beatificados más tarde. Véase el artículo del Padre Fray Juan Ruíz de Larrinaga en el “Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País”, 1946, 193-217.

Podemos suponer que el capítulo dedicado por el Padre Iñurrigarro al venerable Fray Martín de Arbide estaba colmado de interesantes noticias sobre su parentela y primeros años. Yo ni siquiera he podido localizar la partida de bautismo. Aparece el 21 de diciembre de 1601 una partida que dice: “susodicho dia, mes y año 21 de diciembre se baptizó Martín de Arbide, hijo legitimo de Matheo de Arbide y Catalina Beraza. Padrinos Martín de Aguirre y Mari Anton de Barzola. Ministro Don Juan de Uzcanga”. Pero esta partida que consta en el *Libro primero de bautismos* de la parroquia de San Vicente, que comienza el año 1558, no concuerda con los datos biográficos conocidos, ni en especial, con la fecha que el Padre Vetancurt da en su *Menologio* para la toma de hábito del Mártir.

do comienzan a hablarnos de él desde 1633, año siguiente al de su martirio, y la *Relación* del Padre Ocaña no se escribió tampoco más que tres años después del suceso.

Natural de San Sebastián

Martín de Arbide nació en San Sebastián. Nos lo aseguran tanto Vetancurt en su *Menologio*, como las actas del Capítulo General, que se celebró en Toledo en 1633. No cabe duda: si Vetancurt dice que fue «natural del Puerto de San Sebastián en la Cantabria», las actas de Toledo precisan inequívocamente que «era natural de la villa de San Sebastián en la Provincia de Guipúzcoa».

No puede afirmarse que sus padres fueron Mateo de Arbide y Catalina de Beraza, y sus padrinos, Martín de Aguirre y María Antonia de Barzola; ni que fuera bautizado por don Juan de Uzcanga; ni podemos señalar la casa natal, aunque bien pudo ser su padre procedente del solar de Arbide, que estaba situado junto a una de las canteras de yeso de Asteasu.

San Sebastián o Donostia era por entonces una villa amurallada, importante puerto de mar, con un considerable contingente de gascones que moraban en ella, con nuevos edificios que surgían sobre las ruinas acumuladas por los violentos incendios de 1512 y 1524. Carlos V le concedía en abril de 1552 los títulos de Noble y Leal, que en diciembre del mismo año fueron reforzados con la partícula superlativa: Muy noble y muy leal.

En lo religioso, Donostia desde 1566 pertenecía a la Diócesis de Pamplona. Había en su recinto tres antiquísimas parroquias, que aparecen ya citadas en un documento firmado por Sancho el Mayor de Navarra en 1014: la de San Sebastián el Antiguo, la de Santa María y la de San Vicente Mártir. La iglesia de Santa María o Andra Mari, destruída en 1278 por un incendio, había sido reedificada a fines del siglo XIII. Era la iglesia gótica que conoció Arbide, en cuyo lugar se había de edificar más tarde el actual templo de Santa María, cuyas obras comenzaron en 1743. El edificio del templo de San Vicente Mártir era de construcción más reciente. Lo levantaron en 1507, sobre los solares del antiguo templo, Miguel de Santa Celay y Juan de Urrutía. Entre los años 1589 y 1592 esculpieron magníficos relieves sobre la Pasión en los cuadros del cuerpo de embasamiento del retablo los renombrados escultores Ambrosio de Bengoechea y Juan de Iriarte. Durante los años mozos de Arbide, entre los años 1604 y 1608, estofaron y doraron el altar los artífices Lorenzo y Nicolás Brevilla, hermanos,

vecinos de Motrico. Quizá Martín los vió trabajar algunas veces. La iglesia de San Sebastián el Antiguo había sido cedida desde 1542 a los Dominicos.

Además de los Dominicos, hubo en Donostia también un Convento de Franciscanos, que llavaba la advocación o título de Jesús. El convento de Jesús se fundó cuando Martín de Arbide se preparaba para el sacerdocio en el convento de San Francisco de México, en virtud de Real Facultad dada en Valladolid a 17 de octubre de 1605. El 9 de noviembre del mismo año se hizo una escritura de capitulación entre el municipio y Fray Pedro de Amuscotegui, Ministro Provincial de Cantabria, obteniéndose además la licencia del Obispo de Pamplona, con la condición de que el convento se edificara extramuros. Escogidos los solares, sitios junto a la posterior Casa de Misericordia, se celebró nueva escritura entre el municipio y fray Juan de Sarobe el 6 de mayo de 1606, obligándose el municipio a ceder la casa denominada Chartico con las tierras necesarias y seiscientos ducados, y adquiriendo en compensación el derecho de patronato con todos los honores y privilegios correspondientes.

Mas no fue en San Sebastián donde Arbide tomó el hábito franciscano, ni en Aránzazu, ni en Bilbao, aunque es verdad que a primeros del siglo XVII en todo el país era muy intenso el ambiente franciscano. No puede aceptarse la suposición de Gil Baré al insinuar que Arbide fue religioso de Aránzazu. «De todo los monasterios de España acudían frailes al llamamiento (de los Virreyes) y nuestro monasterio de Aránzazu no era el más reacio a enrolar sus Padres en la Cruzada misionera». Tal suposición no concuerda con los datos históricos positivos, por lo que nos consta que Fray Martín de Arbide profesó la Regla Franciscana en el Convento de San Francisco de México en 1612, el 2 de junio, y que en 1616, al constituirse la Custodia, estaba ya en Nuevo México, en la Misión de San Lorenzo de Pícuries (2).

Arbide pasó, pues, a Nueva España en edad temprana, tal vez a probar fortuna por aquellas tierras. Y fue allí donde sintió que Dios le llamaba. Y obedeciendo a la gracia, dejó el mundo para ser Fraile

(2) Vetancurt afirma que Arbide profesó en San Francisco de México el 2 de junio de 1612. Si admitiéramos que nació en 1601, Arbide en 1612 no tendría más que once años de edad. La edición del Menologio de que dispongo abunda en errores de transcripción. Con todo no se puede suponer que en vez de 1612 hay que leer 1621 o 1622, pues Arbide nació antes de 1601, o quizá aún antes de 1558, año en que comienzan los libros parroquiales.

Franciscano y heraldo del Evangelio entre los indios, ingresando en la Orden en un convento americano.

Una epopeya de tres capítulos

La historia de la evangelización de las antiguas comarcas españolas de los Estados Unidos se divide naturalmente en tres capítulos principales: Florida, Nuevo México y California. Mas nótese que la Florida no se limita al Estado actual de Florida, sino que abarca Georgia, Carolina del Sur y parte de otros Estados de la Unión como Alabama, Tenesse, etc.; y Nuevo México abarca asimismo Texas, Arizona, Colorado y parte de otros Estados como Nebraska, etc.; y Carolina sube hacia el Norte hasta Alaska. Fijándonos sólo en los Misioneros que murieron de muerte violenta en el ejercicio de su ministerio en el área del actual territorio de los Estados Unidos, encontramos una lista de 117 Mártires (entre ellos 74 franciscanos), que corresponden en su mayor parte a los tres capítulos citados, pues apenas pasaron de media docena los que quedan fuera de este marco y son: Fr. Gabriel Plunkets, Capuchino, asesinado en Virginia en 1697; Fr. Constantino Delhalle, O. F. M., asesinado en Michigan en 1706; los tres indios asesinados en Auriesville, N. Y., en 1690 y 1692; los Padres René Menard, S. J. y Fr. Leonardo Vatie, O. F. M., asesinados en Wisconsin en 1661 y 1715; el Arzobispo Charles J. Seghers, asesinado en Nulato (Alaska), en 1886...

A los grupos de Misioneros Mártires que entraron por las tres vías dichas a la conquista espiritual de los Estados Unidos se aplican, por tanto, principalmente las palabras de Mons. John Mark Gannon, Obispo de Erie: «Lo mismo que las grandes naciones cristianas de Europa, también los Estados Unidos han amasado con sangre de Mártires católicos los cimientos de su grandeza moderna» (3).

La penetración cristiana de los Estados Unidos por la parte del Sur fue más profunda y extensa de lo que se cree de ordinario. «Sin tratar de subestimar la importancia y el volumen de la contribución inglesa a la cultura norteamericana —dice el mismo Obispo de Erie— nos vamos enterando de que la dignidad y sublime grandeza de la civilización americana se deriva, no tanto de las áridas rocas de Plymouth Rock (donde los «Pelegrinos» fundaron en 1620 la Nueva Inglaterra), cuanto de las raíces del martirio católico, que precede en casi una centuria a la llegada de los «Pelegrinos»...

(3) *Heroes of the Cross*, 7.

Si queremos reducir esta epopeya a las dimensiones de un triptico, dejaremos en el centro el capítulo referente a Nuevo México y quedarán a los dos lados, Florida por una parte y California por otra. Cada uno de los tres capítulos tiene su personalidad histórica inconfundible. El capítulo de la Florida se relaciona con las Antillas, más bien que con México; la Provincia Franciscana de Santa Elena abarcará juntamente la Florida y Cuba. El capítulo de California es una empresa ligada a una nueva modalidad del apostolado franciscano: es la obra del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de San Fernando de México. Mientras que Nuevo México, como su nombre lo indica, es una progresión evangélica de México hacia las tierras más septentrionales de Nueva España.

No es ahora el momento de recordar la historia de las Misiones Franciscanas de los cuadros laterales de la Florida y California. Pero, para enmarcar convenientemente nuestro tema, citaremos al menos la figura del vizcaíno Fray Francisco Beráscola, uno de los Protomártires de Georgia, en la antigua provincia de Florida. La ruta tan gloriosamente abierta por el Fraile de Gordejuela fue frecuentada por otros Misioneros vascos, que siguieron sus huellas. La historia conserva, por ejemplo, el nombre de los Padres Fray José de Terreros, natural de Trucíos, que salió de Alcalá para Florida en 1631; y los de Fray Diego Alvarez, natural de Bilbao, morador de San Francisco de Vitoria; y Fray Martín Pérez, natural de Vitoria, morador del Convento de Belorado, que embarcaron para la Florida en 1648, a los 24 y 20 años de edad respectivamente (4). Notable es el caso de los tres Franciscanos vascos que forman parte de la expedición misionera que en 1673 zarpó de Sanlúcar de Barrameda para la Florida. De seis misioneros que parten a las órdenes del Comisario Fray Juan Moreno, la mitad son vascos, uno de cada provincia vascongada: Fray Francisco Legarda, de 33 años, del Convento de Aránzazu; Fray Pedro de la Lastra Díez, de 24 años, del Convento de San Antonio de Vitoria; Fray Martín de Alácano, de 26 años, del Convento de San Francisco de Bilbao, que más tarde fue Misionero de Ibatachuco (Apalache), San Luis y Nombre de Dios; y tuvo los cargos de Ministro Provincial (1697), Padre de la Provincia (1702) y Procurador General de las mismas (5). Figuran en la Florida muchos

(4) Véase AIA, 1941, 316-319 y AIA, 28, 68. Son nombres que faltan en Geiger, *Biographical Dictionary of the Franciscans in Spanish Florida and Cuba*, Paterson, N. J., 1940.

(5) Conservo fotocopias de la documentación existente en el AGI. Sus nombres constan en Geiger, *Biographical Dictionary*. También el Padre Lastra Díez tuvo varios cargos, pues fue Misionero de San Felipe, cerca de Guadalquivir, en Georgia (1674), de Santa Catalina de Gualé (1688) y de Nombre de Dios (1712) y Definidor Provincial (1712).

otros apellidos vascos, como los de Fray Bernardo de Arratia, Secretario de Visita en 1728; Fray José de Urrutia, Misionero de Potano (Georgia) en 1656; Fray Juan de Goyeneche, Fray Antonio de Urquía y Fray Francisco de Goicoechea, Misioneros de San Agustín... De algunos de ellos sabemos que, si bien llevaban apellido vasco, nacieron fuera del país, como Fray Junípero de Celaya, aragonés; Fray Simón de Ibarlucea, natural de la Habana; Fray Pedro de Ayala, natural de Cádiz; de otros ignoramos la patria (6).

Por el otro extremo, entre los Misioneros vascos de California pueden citarse muchos nombres ilustres, que he enumerado en otros lugares. Para que haya simetría en el tríptico, recordaremos al menos el nombre de un Mártir de la Provincia Franciscana de Cantabria, Fray Andrés de Quintana, natural de Antoñana (Alava), que tomó el hábito y profesó en San Francisco de Vitoria y murió asesinado por los indios penutias, llamados costanos, en la Misión de Santa Cruz, al Norte de la Bahía de Monterrey, en 12 de octubre de 1812. El punto preciso donde los indios lo estrangularon se sitúa «en el lugar donde ahora se cruzan las calles Mora y Quintana, exactamente donde pasa el ferrocarril de Felton, pocas yardas distante del tunel» (7).

Pasemos ya al cuadro central del tríptico.

Tras las huellas de Don Juan de Oñate

Nuevo México, que abarcaba también los Estados de Texas y Arizona y otros, como Kansas, comenzó a sentir sobre su suelo la pisada de las sandalias evangélicas desde antes de mediar el siglo XVI. Ya en 1542, a raíz de la expedición de Francisco Vázquez Coronado, derramaba su sangre por la fe en Kansas, el Protomártir de los Estados Unidos Fray Juan de Padilla.

(6) Aunque Geiger considera distintos a Fray Francisco de Aricoechea y a Fray Francisco de Goicoechea, Aricoechea parece una mala transcripción de Goicoechea. Véase Geiger, p. cit.; AIA, 1 c., Lanning, *The Spanish Missions of Georgia*, 208, etc. No citamos los nombres de Fray Tomás Zaldivar ni de Fray José de Sigarán, pues aunque pertenecieron a la Provincia de Santa Elena, no nos consta que salieron de Cuba.

(7) Coenen Torchina, *Story of the Mission Santa Cruz*, 8, 246. Cit. por Habig, *Heroes of the Cross*, 29-30. Los indios, una vez estrangulado al Padre, le pusieron en la cama, por lo que en un principio se creyó que se trataba de una muerte casual. Fue más tarde cuando se descubrió el crimen. Los indios confesaron que la mataron a traición, llamándolo para asistir a un enfermo. El gobernador, al dar cuenta del hecho al Virrey, destaca que el Padre Quintana era un Misionero muy piadoso. Cfr. Engelhardt, *Missions and Missionaries*, III, 11-14.

Mas no se regularizó la conquista espiritual de estos territorios hasta que el criollo Don Juan de Oñate, hijo de Don Cristóbal de Oñate, se hizo cargo de la empresa. Fue el Virrey Don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, Conde de Monterrey, quien dio el estandarte real por su mano a Don Juan de Oñate, haciendo pregonar la jornada de Don Vicente de Zaldivar, «maese de campo del reino». Con Don Juan de Oñate iban diez franciscanos, entre ellos Fray Pedro de Vergara y Fray Cristóbal de Salazar, pariente del Adelantado. El avance se realizó con aventuras impresionantes y hasta con evidentes milagros. Hubo episodios épicos, como el de la conquista del célebre Peñol de Acoma.

Las Misiones habían entrado en una comarca donde se reunían, sin mezclarse, indios de distintas lenguas, que se hallaban rodeados de varias tribus atapascas de Apaches y Navajos, llegadas de las partes septentrionales. Los indios Pueblos, que así llamaron los españoles a los naturales de la comarca, se distinguían de sus vecinos por la curiosa disposición de sus habitaciones, agrupadas en lo alto de los montes, en lugares inaccesibles, formando aldeas o pueblos, que contrastaban fuertemente con las miserables chozas de los demás indios. A la cultura de los indios Pueblos se adaptaban también los *Hopis* o *Moquis* del Norte de Arizona, pertenecientes a la familia Shoshona. Vivían, además, en Nuevo México las tres familias independientes de indios Pueblos, denominados *Queres*, *Tanos* y *Zuñis*. Los *Queres* se distribuían por los pueblos de Acoma, Cochiti, Santo Domingo, San Felipe, Santa Ana, Laguna; los *Tanos*, por las aldeas de Taos, Picurís, Tesuque, Jemez, Isleta y otros; los *Zuñis* habitaban en los límites septentrionales de Arizona y Nuevo México, en las aldeas de Hawikuh y Halona, principalmente. Pedro Castañeda, que acompañó a Coronado en 1540, contaba un total de 66 aldeas esparcidas a lo largo de 130 leguas con unos 20.000 habitantes. Los Misioneros posteriores elevaron mucho estas cifras, descubriendo nuevas y muy numerosas tribus.

En 1608 los franciscanos habían convertido más de 8.000 personas. En 1616 la Misión se elevó al rango de Custodia independiente. En 1628 fue como Custodio el Padre Fray Esteban de Perea con treinta Religiosos, «con cuyo exemplo y enseñanza — dice el Padre Vetancurt — se hicieron cristianos muchos indios de diferentes naciones». Y enumera una serie de tribus cuyos nombres son: «tiguas y teguas, piros y tumpiros, pecurias, taos, pecos, xumanas, tanos, queres, hemes y apaches, que en diversas lenguas administraban los Religiosos en provincias dilatadas» (8).

(8) Sobre las Misiones de Nuevo México hay documentación abundante, desde Civezza, *Storia delle Missioni Francescane* (tomo VII, parte II, pp.

Se lograron, pues, resultados asombrosos. En 1630 se hablaba de unos 80.000 indios bautizados por los Frailes.

Durante casi tres siglos, los Franciscanos serían los únicos Misioneros de estas regiones difíciles. Fue en las Misiones fronterizas de Nuevo México y Texas donde tuvo lugar el milagroso apostolado de la Madre María de Jesús de Agreda, quien, según resulta del proceso que se le armó por la Inquisición, había visitado prodigiosamente aquellas tierras más de quinientas veces, al tiempo que Fray Martín de Arbide ejercía su ministerio por aquellos contornos (9). Recordemos que el antiguo Nuevo México abarcaba sobre tres Estados de la Unión: Texas por la parte oriental, y Arizona por la occidental, quedando en el centro el Nuevo México propiamente dicho (10).

443 ss.) hasta las monografías y artículos del P. Angélico Chavez y otros investigadores contemporáneos. Véase, por ejemplo, AIA, v. 249 ss; XIX, 42 ss; XX y XXI passim, XXVII, 229 ss. etc.

El *Memorial* de Fray Alfonso de Benavides, que ha sido estudiado y comentado con frecuencia, puede verse en AOM, XIV (1895) y en tirada aparte, *Relatio quam Philippo IV Catholico Hispaniarum regi exhibuit P. Joannes de Santander, OFM, Commisarius Generalis Indiarum, per manus P. Alphonsi de Benavides*. Quaracchi 1895. Pero además es imprescindible consultar la reedición y comentarios de Frederick Webb Hodge, George P. Hammond y Agapito Rey en *The Benavides Memorial*, que forma el vol. IV de "Coronado Historical Series", que se editaron por la Universidad de California con motivo del IV Centenario de la expedición de Francisco Vázquez Coronado. Véase además sobre esta edición, las observaciones de W. H. Donahue, en "The Americas", IX, 291-314.

Son sumamente interesantes también los demás volúmenes, particularmente, para nuestro caso, la biografía del Adelantado Don Juan de Oñate por George P. Hammond y Agapito Rey (vols. V y VI), que subrayan en el subtítulo "la ocupación española de Nuevo México 32 años antes del desembarco de los Padres Pelegrinos"; y la historia del gran levantamiento de los indios en 1680, con sus antecedentes y consecuencias (vols. VII, VIII, IX y X), a cargo de France V. Scholes, y Charles W. Hackett y José M. Espinosa, etc.

(9) Sobre la prodigiosa intervención de la Venerable María de Jesús de Agreda, hija de Francisco Coronel y de Catalina de Arana —esta última, vascogada— en las Misiones de Nuevo México y Texas, los estudios más autorizados e imparciales son los de Frederick Webb y George P. Hammond y Agapito Rey y William H. Donahue, C.S.C. que hemos citado arriba. Véase sobre todo "The Americas" IX, 1953, 291-314. Puede consultarse también mi artículo publicado en 1953 en "Missionalia Hispanica".

(10) Entre los misioneros de estas regiones, abundan los héroes que sellaron su predicación con la sangre del martirio. En el Estado de Texas, por ejemplo, tenemos entre otros al alavés Fr. José Francisco de Ganzábal, natural de Vitoria, asaeteado por un indio apóstata de la Misión de Candelaria el 11 de mayo de 1752; y al navarro Fr. José de Santesteban, natural de Muniain de la Solana, sacrificado por los comanches a orillas del río San Sabas el 16 de marzo de 1758. En Nuevo México, donde los Mártires Franciscanos pasan de 30, hay que citar al vitoriano Fr. Juan Bautista Pío, martiri-

Fundador de pueblos y constructor de iglesias

Ahora bien: mientras el Padre Arbide ejercía su apostolado en Nuevo México, los Misioneros de la Custodia se dedicaban a la empresa con un fervor extraordinario. Se repetían las escenas del tiempo de los Apóstoles. Un día del año 1629 se presentaban varias caciques de los indios xumanas, de la parte de Texas, pidiendo Misioneros, porque una aparición sobrenatural — la Madre Agreda — los había instruido para el caso. Convertidos y bautizados varios millares de indios de estas tribus, los misioneros sanaron a todos sus enfermos, leyendo el testamento misionero de Jesucristo, según el Evangelio de San Marcos, XVI, 15-19, e invocando a la Virgen y a San Francisco. El Padre Fray Francisco de Porras curaba asimismo milagrosamente a un ciego de nacimiento entre los indios Moquis de Arizona, en 1629, para atestiguar la verdad de su predicación. Estaba el ambiente totalmente empapado en euforia apostólica. Las conversiones aumentaban de modo prodigioso.

Fray Martín de Arbide, llevaba ya algún tiempo en Nuevo México. Después de haber ejercido el ministerio entre los Picuríes desde 1616, pasó hacia 1629 a pacificar a los Temes o Hemes. Fray Agustín de Vetancurt nos da de él los datos siguientes: «El venerable Padre Fray Martín de Arbide, natural de Puerto de San Sebastián en la Cantabria, profesó en el Convento de nuestro Padre San Francisco de México a 2 de junio de 1612 y pasó a la Custodia del Nuevo-México con el fervor

zado por los indios de Tesuque el 10 de agosto de 1680. Entre los no mártires destaca desde los primeros tiempos el Venerable Fr. Pedro de Vergara, natural de Vergara, hijo de Lorenzo de Larrea y Juana de Vergara, que tomó el hábito en México el 2 de julio de 1595 y fue uno de los fundadores de la Custodia de Nuevo México y murió en México el 19 de mayo de 1646. Hace grandes elogios de él su confesor Fr. Bartolomé de Letona, natural de Ullibarri-Gamboa. En Arizona, que nos interesa de modo especial, figuran Fr. José de Ezpeleta, natural de Larraga (Navarra), sacrificado por los indios moquis en Oraibi, por agosto de 1680; y Fr. Juan Antonio de Barreneche, natural de Lecároz, víctima de los indios yumas de las orillas del Colorado, caído por julio de 1781. De los no Mártires pueden citarse: Fr. Félix Gamarra, que pasó a Querétaro en 1770, y de Querétaro fue destinado a Arizona, ejerciendo su ministerio en Ati de 1777 a 1779 y muriendo en Tubutama a la edad de 32 años; Fr. Francisco Iturralde, misionero en Caborca (1778) y Tubutama (1784); Fr. Pedro de Arriquirar, natural de Ceánuri, misionero también en Caborca de 1780 a 1794; Fr. Juan Garaicoechea, y Fr. Esteban Salazar, y Fr. Francisco Archundi, y el P. Irazábal, que evangelizaron a los moquis durante el siglo XVIII, etc. Engelhardt no cita al Padre Arbide entre los misioneros de Arizona en su obra *Franciscans in Arizona* por considerarlo mártir de Nuevo México. Tampoco aduce la naturaleza ni la filiación religiosa de los misioneros restantes salvo dos excepciones: de Fr. Félix de Gamarra, nos dice que es de Cantabria, como lo es igualmente Fr. Joaquín Velarde, natural de Vitoria, que murió en 1781.

de convertir almas, para el cielo. Viviendo en el convento de San Lorenzo de Pecurías, oyó decir que en los Hemes se habían ido los indios a los montes y andaban vagos por aquellas sierras; llevado del fervor de su espíritu, con licencia del R. P. Fray Alonso de Benavides, Custodio, y facultad del Gobernador don Felipe Zotilo, subió entre los fugitivos y con benignidad de padre los exhortó y los congregó a sus pueblos con la mansedumbre de que le había dotado la Providencia Divina. De aquí, dejándoles en paz y congregados, le envió la obediencia a los Zipias» (11).

Detengámonos un poco antes de pasar adelante.

Tanto los Picurías como los Hemes formaban parte de la familia de los indios Tanos, que vivían en aldeas o pueblos situados en lo alto de los montes, en lugares inaccesibles. Los Misioneros, para facilitar la labor evangélica, los reunieron en llanuras más accesibles. Pero los indios, tornadizos y no muy fuertes en la fe, abandonaban a veces las nuevas moradas y aún llegaban a tramar alguna conjuración para quitar la vida a los españoles y hasta a los Misioneros. Cuando el Padre Arbide, que era Misionero veterano y había fundado varios pueblos, oyó hablar de los Hemes, que se habían escapado «a los montes y andaban vagos por aquellas sierras», soñando tal vez con el martirio, acometió la empresa de reducirlos, antes de que tal actitud se extendiera a otras tribus con evidente peligro de las Misiones. Era, por lo visto, un vasco campechano, lleno de bondad y mansedumbre, y logró pleno éxito en su arriesgada aventura.

El Padre Ocaña nos dice que «Dios le comunicó gran celo en la conversión de las almas, el cual ejercitó muchos años en distintas conversiones de este Nuevo México, en las cuales convirtió innumerables almas, edificándoles pueblos enteros con sus iglesias con notable caridad y amor de Dios y del prójimo; y vióse en grandes peligros y trabajos por la fe de Cristo, que predicaba; y algunas de ellas azotado, arrastrado, herido, y puesto ya en el patíbulo; pero guardóle Dios para la conversión de la nación Zipía» (12).

El Padre Arbide, que tenía mucha experiencia de los indios y es-

(11) Vetancurt, *Menologio*, 75-77. Seguimos al Padre Habig al identificar a los Zipias con los Moquis, pero la identificación no nos parece segura ni mucho menos. El Padre Habig cita a Bandelier, que dice que el nombre zuñi de los Zipias es Topinteu-a y añade que se parece al nombre Zipia. Yo no veo claro el parecido. ¿No sería quizá alguna tribu de Apaches o Navajos, que también vivieron en el nordeste de Arizona? ¿No se explicaría así mejor su hostilidad al Evangelio?

(12) AIA, XVII, 238.

taba acreditado como fundador de pueblos y emprendedor afortunado, fue destinado a los indios Zipias, que, según parece, pertenecían a la familia Moqui. Vivía entre los indios Tanos con Fray Roque Figuerido, su confesor. Una noche, —nos cuenta el Padre Ocaña— sintió «tan fuertes impulsos del cielo para ir a manifestar (a la nación Zipia) nuestra santa fe católica, que no pudiendo dormir, se levantó dando voces al Religioso que le acompañaba:

— Padre, este es el llamamiento de Dios, que vaya a convertir a los Zipias.

Y habida licencia del Prelado, se previno con una confesión general; y, despidiéndose de su confesor, cuando ya se quería partir, dijo con gran espíritu:

— Padre Fray Roque, yo voy a morir por el amor de mi Dios.

Y despidiéndose públicamente de todo el pueblo que había edificado y bautizado, se hincó de rodillas y con voz muy alta dijo:

— ¡Alabado sea nuestro Redentor y Señor Jesucristo!

Y les echó su bendición. Y levantándose como hombre alborotado y hechos sus ojos dos fuentes de agua, volvió a abrazar tiernamente a su confesor, y con vez baja, porque no le oyeran los que le acompañaban ni aumentar los llantos públicos de tantos hijos bautizados y convertidos de su mano, como allí dejaba, le dijo:

— Padre Fray Roque, adiós, que ya no nos tenemos de ver más.

Y así con este fervoroso espíritu, prosiguió su camino hasta llegar a la nación Zuñi...» (13).

Hasta morir por Cristo...

Los Misioneros de Nuevo México anhelaban, como buenos Franciscanos, la palma del martirio. La nación Zipia ofrecía por entonces buenas perspectivas para lograrla. Fray Francisco Letrado, que vivía entre los Zuñis, no muy lejos de los Zipias, quiso ser destinado a su conversión, pero los Prelados no juzgaron oportuno concederle la licencia. Fray Martín de Arbide fue más afortunado. Pasaba por el convento de Fray Francisco Letrado, camino de la nación Zipia, contento con el nuevo destino. El Padre Letrado le propone un cambio: él, que durante tanto tiempo había soñado con los Zipias, utilizaría la licencia del Padre Arbide, y Arbide podría quedarse substituyéndole entre los indios Zuñis.

(13) AIA, XVII, 238.

Pero el Padre Arbide, que se creía destinado por el cielo a los Zipias, no quiso aceptar el cambio propuesto. «Pasó (el Padre Arbide) por el Convento de Zuñi —nos dice Vetancurt— donde moraba el venerable Padre Fray Francisco Letrado, que había solicitado ir a esta empresa y se le había negado. Instado (el Padre Arbide) a que se trocasen las suertes, no vino en el concierto; y al despedirse dijo el venerable Fray Francisco:

—Hermano, si has de ser mártir, aquí lo serás donde te tiene la obediencia; y, si yo estoy escogido para serlo, en el camino lo seré.

Y así pasó, porque yendo en su compañía Bartolomé de Amilibia, paisano suyo, y Roque García, mexicano, por soldados de su guardia, con cinco indios cristianos y un mestizo que había criado desde niño (llamado Lorenzo), fueron los bárbaros en su alcance y una noche dieron sobre los cristianos, quitando la vida primero a los soldados y dejando al venerable Padre medio vivo, que no se atrevieron a privarle de la vida; [pero] su criado Lorenzo, por hacer a los bárbaros lisonja, le cortó la mano derecha y le desolló la cabeza con el cerquillo...» (14).

El Padre Ocaña, después de decirnos que «los indios de quien más confiaban le dieron muerte», añade: «Y cuando el bendito Padre recibió los golpes de muerte y un arcabuzazo que le tiraron, hizo la confesión de la fe y murió predicándola, con que consiguió la palma del martirio que tanto había deseado y la había pronosticado pocos días antes a su confesor Fray Roque Figueredo» (15). Un gesto magnífico del Mártir donostiarra: Por una parte los indios traidores, a los que él tanto amaba y tanto favorecía, y, entre ellos, el criado Lorenzo, un mestizo de quien el Padre se había hecho cargo desde la infancia y a quien amaba como doblemente hijo, hijo en el espíritu, e hijo aún en cuanto a la carne, ya que él lo había alimentado y criado; y por otra parte, la víctima, que, después de absolver a los soldados que mueren y viéndose herido en el alma más que en el cuerpo por la ingratitud y alevosía de sus favorecidos hijos, lo olvida todo heroicamente, para confesar en voz alta su fe y continuar predicándola animosamente hasta exhalar el último suspiro.

«¡Oh iniquidad del criado! —exclama aquí el Padre Vetancurt— ¡Oh martirio tormentoso del Religioso, que vido con sus ojos que el más allegado fue más inhumano y que aquel que le debía la crianza, le diese la mayor herida!». Y observa que el traidor «no se quedó sin castigo», pues fue entregado a la justicia y murió en la horca. Según

(14) Menologio, l c.

(15) AIA, XVII, 238.

declaraciones de los asesinos, la conjuración había sido tramada por los indios Zuñis, con quienes había estado el Padre Arbide cinco días antes, de paso para la nueva Misión de los indios Zipias.

Los Zuñis querían atajar la predicación evangélica; y en consecuencia decidieron matar primero a Fray Francisco Letrado. Consumaron el crimen el 22 de febrero, en cuanto el Padre Arbide y los dos soldados, despidiéndose del Padre Letrado, salieron de Hawikuh, en Nuevo México, para proseguir su marcha hacia el oeste, a Arizona, donde estaban establecidos los indios Zipias. Ejecutada la primera parte del plan, fueron, al parecer, los mismos asesinos en persecución del Padre Arbide y de sus acompañantes, siguiéndoles cautelosamente para caer sobre ellos en la primera oportunidad. Presentóse ésta al cabo de lo quinta jornada de marcha, cuando ya el Misionero donostiarra pisaba tierras de Arizona. Los verdugos, concertándose quizá con los indios cristianos que el Padre llevaba de escolta, comenzaron a matar a los dos soldados, entre ellos al vascongado Bartolomé Amilibia...

Nos advierte el Padre Ocaña que los asesinos manifestaron haber cometido el crimen «a petición de los indios de Zuñi por atajar la predicación evangélica».

«Alcanzó este triunfo el venerable Padre Fray Martín —concluye Vetancurt— el 27 de febrero de 1632, cinco días después de su querido hermano Fray Francisco Letrado». Los Moquis, a cuya familia pertenecían los Zipias, distaban de los Zuñis unas siete jornadas. El Padre Arbide pudo salir de Hawikuh de los Zuñis el 20 ó 21 de febrero. Sus perseguidores saldrían tras él el día 22 después de matar al Padre Letrado. En las actas del Capítulo General de Toledo de 1663, un año después del martirio, encontraron la siguiente nota que precisa el tiempo litúrgico y el día de la semana en que tuvo lugar el holocausto: «en el mismo año, Primer Viernes de Cuaresma, veinte y siete de febrero, padeció martirio a manos de los indios de Zuñi, en la misma Custodia del Nuevo-México, el Padre Fray Martín de Arbide. Era natural de la villa de San Sebastián en la Provincia de Guipuzcoa, hijo [de hábito] de la Provincia del Santo Evangelio» (16).

Fray Martín de Arbide es el Protomártir de Arizona. Aunque por algún tiempo se consideró como tal a Fray Francisco de Porres, por suponerse que el P. Arbide murió en Hawikuh de Nuevo México, y no en Arizona, una lectura atenta de los más fidedignos documentos no deja lugar a dudas.

(16) Fr. Gaspar de la Fuente, *Historia del Capítulo General de Toledo de 1633*, Madrid 1633, fol. 55. v.

Sangre fecunda

Fray Martín de Arbide no fue el único Mártir de Nuevo México y Arizona en aquellos tiempos. Su sangre mezclada con la de otros Franciscanos, produjo frutos abundantes. Según la relación del Padre Ocaña, escrita en 1635, en Nuevo México bautizaron los frailes más de cien mil indios y edificaron 150 iglesias y 33 Conventos. Es verdad que el Padre Fray Juan de Prada, tres años más tarde, sólo cuenta sesenta mil cristianos; pero sabemos que en los últimos años habían muerto muchísimos indios a causa de una peste de viruela. No se logró, pues, la sangre de los Mártires, sino que la cosecha fue rápidamente recogida en los trojes del cielo (17).

Todavía las Misiones de Nuevo México sufrirían mucho por los repetidos ataques de los Apaches y de los Comanches, por las frecuentes rebeliones de los indios, entre las que fue célebre la organizada por Poc-pec o «el Popé», y por otras muchas causas, que llegarían a reducir notablemente la población indígena; pero nunca podrán olvidar los Estados Unidos que un donostiarra amasó con su sangre de Mártir los cimientos del Estado de Arizona el 27 de febrero de 1632.

(17) AIA, XIX, 58.